
EL ÁGORA

El alma: ¿armonía o sustancia?

- Platón y Aristóteles

El alma: ¿armonía o sustancia? - Platón y Aristóteles

Platón · Aristóteles

El alma: ¿armonía o sustancia?

Encuentro de El Ágora con Platón de Atenas y Aristóteles de Estagira.

Apertura

Bienvenidos a El Ágora. Hoy nos convoca una cuestión que divide a la filosofía griega en su raíz más honda: ¿es el alma una armonía -una afinación que se desvanece cuando el instrumento se quiebra- o una sustancia que persiste más allá de la materia? De un lado, Platón de Atenas sostiene que el alma es una realidad inmortal, capaz de conocer las Formas porque ella misma participa de lo eterno; una sustancia que preexiste al cuerpo, lo gobierna y lo trasciende cuando la muerte la libera. Del otro, Aristóteles de Estagira concibe el alma como forma y acto del cuerpo vivo, una entelequia que no preexiste ni sobrevive separada: es el principio que organiza la materia para hacerla vivir, nutrirse, percibir y pensar. Dos miradas sobre aquello que nos anima. Que comience el debate.

Platón - El Simposiarca hace bien en plantear la disputa desde su raíz, y reconozco que la imagen de la armonía tiene fuerza: si el alma fuera solo la afinación de la lira, se disolvería con las cuerdas rotas. Pero justamente ahí, en el Fedón, hice a Sócrates mostrar la falla: la armonía no puede preceder a aquello que la compone, es evidente que la lira, las cuerdas, los sonidos discordantes existen antes de la armonía, la cual resulta de todas estas cosas, y en seguida perece con ellas. El alma, en cambio, no sigue a sus elementos: los gobierna, elige oponerse a los apetitos del cuerpo, ordena cuando el cuerpo desordena. No le corresponde a la armonía conducir a eso de lo que está formada, sino seguirlo. Si el alma mandara solo como sigue una armonía, no podría jamás resistir a la fiebre, al deseo, al miedo. Pero lo hace: la razón se impone al apetito. Eso ya no es afinación, es principio. Y lo que gobierna sin depender de lo gobernado, contempló antes lo eterno, y por eso lo recuerda.

Aristóteles - Reconozco la fuerza de tu reductio, Platón: si el alma solo siguiera a sus elementos como la armonía sigue a la lira, jamás podría resistir a la fiebre o al apetito, y sin embargo lo hace. Concedo el fenómeno, pero no tu inferencia. Que algo gobierne no obliga a que sea sustancia separada; obliga a preguntar de qué gobierna es capaz una forma. El alma no es la afinación resultante ni tampoco un piloto extraño embarcado en el cuerpo: es entelequia, acto primero de un cuerpo que está en potencia de vivir, como la vista lo es del ojo. Por eso digo que es perfectamente claro que el alma no es separable del cuerpo, al menos en aquellas partes que no son entelequia de un cuerpo distinto. Que la razón se imponga al deseo no exige un alma que contempló Formas eternas antes de nacer: exige solo que la forma organice jerárquicamente las funciones de un mismo viviente, nutrición, sensación, pensamiento. Gobernar es propio de la forma que ordena su materia, no prueba de un exilio del cielo.

Cierre

Llegamos al término de un debate breve pero tenso en su núcleo. Platón desplegó con precisión el argumento del Fedón: si el alma fuera armonía, no podría gobernar aquello de lo que depende ni resistir los apetitos; una armonía sigue, no conduce. Aristóteles concedió el fenómeno -el alma gobierna- pero rechazó la conclusión: gobernar no exige ser sustancia separada, exige ser forma

organizadora, entelequia de un cuerpo estructurado jerárquicamente. El desacuerdo no es sobre los hechos sino sobre qué los explica: ¿hace falta un principio inmortal que contemple lo eterno, o basta con que la forma ordene las funciones de un mismo viviente? La aporía queda servida: dos modos irreductibles de entender qué significa ser principio de vida. La mejor jugada del encuentro fue la distinción aristotélica que, sin negar el dato, desplazó la carga de la prueba hacia Platón: gobernar no equivale a preexistir.